

El significado de una admirable continuidad: Bello, Caro, Cuervo

El hecho de que todos los países hispanoamericanos poseen una misma lengua, consecuencia de su secular historia común dentro del molde hispánico, es una realidad cultural de primera importancia, que tiene como efecto inmediato crear un vínculo de unión poderoso entre todos ellos. Esto es algo evidente y está dentro de la lógica de un fenómeno de esta naturaleza.

Lo que es singular, puede decirse que extraordinario y digno de admiración, es que muy pocos años después, dentro ya del primer decenio de iniciada la vida política independiente, aparezcan los primeros síntomas de una preocupación por el cuidado y el conocimiento de ese tesoro compartido, verdadero cimiento de un patrimonio cultural común, que inmediatamente se manifiesta en obras de la más alta calidad y en proyectos de largo aliento. Lejos de ser esto algo ocasional, resultó ser el comienzo de algo notable por su continuidad. Muy poco después, una veintena de años tan sólo, había llegado a cuajar en una *Gramática* que, con independencia de su intrínseco valor como instrumento para elevar el conocimiento del propio idioma, fue muy pronto reconocida como una contribución científica admirable, pero cuyas virtualidades se irían apreciando a medida que pasaron los años, hasta llegar a la actualidad con una validez y una lozanía que vence el paso del tiempo, lo que no es corriente encontrar en el mundo de la creación científica.

Pero hay más. En afortunada secuencia, surgieron otros hombres que, apoyándose en la obra hecha por el que les había precedido y abierto el camino, se dieron a completarla, anotarla y comentarla, enriqueciendo así lo que de suyo ya era una contribución a la que, en tan corto espacio de tiempo, es difícil encontrar paralelo.

Pertenecientes a generaciones posteriores, estos hombres no fueron meros continuadores que se limitaron a glosar al que siempre consideraron como maestro. Fueron

de similar talla intelectual a la de éste, de condiciones y cualidades no precisamente iguales, pero como aquél, dotados de una sólida cultura humanística y de una gran capacidad que pusieron al servicio del amor por la lengua que les era común. Y como prolongaron durante bastantes años el tiempo que cubrió la vida, premiada con una gloriosa longevidad, del iniciador, pudieron alcanzar el presente siglo, y dejar en él los últimos frutos de sus dones y desvelos.

Por eso puede decirse que la lengua española gozó de un verdadero privilegio en aquellas tierras americanas a las que había sido trasplantada, al encontrar allí durante más de un siglo, sin solución de continuidad, espíritus superiores que crearon una verdadera escuela para asegurar su cultivo, perfeccionamiento y cuidado.

El secreto de los primeros impulsos

Puede decirse sin asomo de duda que estuvo en la conjunción de dos anhelos profundamente enraizados en el alma de Andrés Bello: una incontenible necesidad de educar y de compartir los bienes de la cultura, y la convicción firme de que urgía poner a los pueblos hispanoamericanos en condiciones de afrontar su futuro manteniéndose unidos, para lo cual era esencial mantener sobre todo la unidad de la lengua. Para lograr eso, el primer paso era enseñarla bien a pequeños y adultos, desterrar los malos usos que la dañaban, los peligros que la amenazarían si se dejaba invadir por diferencias y neologismos. Este «apostolado idiomático», como se le ha llamado alguna vez, estuvo siempre inseparablemente incorporado como un *prius* insoslayable a la tarea que se impuso y a la que siempre quiso servir, de asegurar la solidaridad entre todas aquellas repúblicas que incipían juntas su vida independiente.

Su primera salida en aras de este propósito fue un artículo que publicó el 4 de febrero de 1832 en *El Araucano* de Santiago de Chile, a poco de instalarse en la capital chilena, para mostrar la necesidad de enseñar la propia lengua por muy materna que fuese, precisamente en el momento en que se debatía la reforma educativa. Unos meses después, entre diciembre de 1833 y marzo del año siguiente, en el mismo periódico, fue publicando unas «Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia, profesores de los colegios y maestros de escuela», verdaderamente originales y que demostraban unas dotes raras para la introducción en los rudimentos del lenguaje, a más de una gran observación.

Su insistencia creó un ambiente, al que contribuía con las clases que impartía en su propio domicilio, que hizo posible el que en enero de 1835 se anunciara la creación, en el instituto Nacional de Santiago, de una cátedra para la enseñanza del español, cuya razón de ser explicó en un artículo argumentando que «el estudio de la lengua se extiende a toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca» por lo que era necesario comenzar a organizarlo con seriedad y continuidad.

Muy pocos años después, en 1842, vendrían los ataques que le dirigió Domingo Faustino Sarmiento, motivados por razones que no son del caso, pero que partían de un hombre igualmente preocupado por los problemas del lenguaje, acerca del tema de la enseñanza del idioma, y en los que el argentino le atribuyó un purismo en el lenguaje que Bello estaba lejos de defender, como demostraría más tarde. Lo que es de interés en este episodio es que muestra la existencia de un ambiente muy sensibilizado para entonces sobre los temas de la lengua de una parte importante de la sociedad chilena, consecuencia de aquella actualidad que lo publicado anteriormente había logrado crear.

Fue en el discurso de instalación de la Universidad de Chile, que Bello pronunció en 1841 como rector de la institución que él creara, en cumplimiento del encargo que recibió del gobierno, donde expuso con amplitud sus ideas sobre la importancia que concedía a la unidad y pureza de la lengua: «Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que las representen». Después de señalar que distanciarse de la realidad del pensamiento social por el falso prurito de apego a lo tradicional, equivalía a hacer inasequible «el primero de los objetos de la lengua, la fácil y clara trasmisión del pensamiento», añadió: «Pero se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad y aún a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio... Hay más: demos anchas a esta especie de culteranismo; demos carta de nacionalidad a todos los caprichos de un extravagante neologismo; y nuestra América reproducirá dentro de poco la confusión de idiomas, dialectos y jerigonzas, el caos babilónico de la Edad Media; y diez pueblos perderán uno de sus vínculos más poderosos de fraternidad, uno de sus más preciosos instrumentos de correspondencia y comercio».

El conocimiento científico de la lengua

En 1835 publicó el primer libro importante sobre materia lingüística: *Principios de la Ortología y Métrica*, y en su prólogo decía don Andrés: «...como no hay pueblo entre los que hablan un mismo idioma que no tenga sus vicios peculiares de pronunciación, es indispensable en todas partes el estudio de la Ortología a los que se imponen hablar con pureza...».

Esta obra descansaba en estudios que se remontaban varios años atrás, a su tiempo de estancia en Londres. Conocidas son sus investigaciones de entonces, que tardarían todavía mucho en reflejarse en escritos publicados, sobre la versificación del *Poema del Cid*, y otros estudios, que sí publicó en las páginas de la *Biblioteca Americana*, revista que sacaba en colaboración con otros hispanoamericanos que, como él, vivían en la capital británica, en la década de los veinte del siglo pasado. Estudios en los

que se ocupó ya de temas prosódicos y de comparación métrica entre las lenguas latina y griega, que acreditaban su fuerte formación clásica.

Pero todavía hay que remontarse en el tiempo para encontrar los primeros síntomas de que Bello se entregaba desde fecha muy temprana a los estudios sobre el mecanismo interior de su propio idioma. Por él mismo sabemos que antes de 1810, a consecuencia de las reflexiones que le provocó la lectura del *Cours des Etudes* de Condillac, estudió la estructura de la conjugación del verbo en castellano, aplicando las teorías del filósofo francés sobre lo mismo en la lengua francesa. Las insuficiencias que descubrió en ellas le movieron, ya entonces, a iniciar una indagación personal y así nació su *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, que sólo daría a conocer treinta años después.

Un hecho como éste, únicamente se explica por la existencia de una sensibilidad muy particular para los fenómenos del lenguaje, servida por unas dotes analíticas no menos sobresalientes.

Este largo recorrido en la meditación sobre los problemas de su propia lengua es el que desembocó en 1847 en la aparición de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, como él la tituló, con su prudencia habitual, para que no pareciera que pretendía dar lecciones a la Real Academia Española, pero también para manifestar de forma indirecta su repulsa al «supersticioso clasicismo» que había denunciado siempre. A su texto incorporó el *Análisis ideológica*, demostrando, además de su aprecio por la que había llamado «obrilla», la armonía con el contenido de su obra magna, puesto que ésta pudo acoger sin dificultad ni distorsión de su sistema lo que había tenido una elaboración diferente y muy anterior.

Esta es la *Gramática* de la que Amado Alonso ha dicho que «escrita hace más de un siglo, sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española» y que es «una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua». Esta apreciación tan autorizada es compartida por otros lingüistas y filólogos. Cuando con motivo del bicentenario del nacimiento, hizo en 1981 Ramón Trujillo, director del Instituto de Filología que lleva el nombre de Andrés Bello en la universidad de la Laguna, la edición comparada de las cinco corregidas por Andrés Bello, escribió en el estudio preliminar: «No es la *Gramática* un venerable recuerdo, vinculado a la creación y formación de la nacionalidad americana, sino doctrina viva, utilizable, práctica, vigente, ajena, incluso, si se quiere, a aquellas hermosas circunstancias que la hicieron nacer como manual destinado al uso de los habitantes de Hispanoamérica. En la *Gramática* de Bello aprenden aún los que hacen profesión de filólogos, y no faltan en ella luminosas ideas...que permiten comprender con claridad meridiana ciertos aspectos sobre la estructura semántica del castellano».

En el libro que hace años dediqué al examen de la obra completa de Andrés Bello, estudié con extensión lo que da tanto valor a esta esencial contribución, no sólo su condición de gramático, sino pensador sobre los fenómenos de la cultura. «No hay que olvidar —decía allí— que, tal como la conocemos, esta obra corresponde al pensa-